



Sermón Dominical

REV. JAVIER ULLOA CASTELLANOS

DOMINGO 07 DE JUNIO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA EL MENSAJE A LAS SIETE IGLESIAS UN LLAMADO A LA LEALTAD APOCALIPSIS 2:12-17

El Cristo resucitado pide un corazón sin fingimiento y una entrega a prueba de traiciones. Quienes han confesado tener a Cristo como el Señor de sus vidas no pueden ir tras otros dioses. El no desea compartir el corazón de sus hijos con los ídolos de nuestro tiempo, o hay una entrega generosa y total, o no la acepta.

¡Cuidense del ateísmo!, escuchaba de adolescente decir muchas veces al pastor de la iglesia a la que asistía. Eran tiempos en los que se cuestionaba la fe en Dios y su pertinencia para dar respuesta a las necesidades humanas más profundas y a los cambios sociales más urgentes. Ahora, yo tendría que decirle a mi iglesia: ¡Cuidémonos de la idolatría! Vivimos tiempos donde ya no es cuestión de sí se cree en Dios o no, sino en cuál dios creer. A nuestra sociedad posmoderna le encanta construir altares con sus manos, y así de fácil, derrumbarlos para levantar nuevos. El “panteón de los dioses” se encuentra lleno, porque el mercado de ellos está también muy competido. Ahora es la fama, o el dinero; el poder, o el placer; mañana es el éxito y la acumulación desmedida de bienes y la competencia atroz entre unos contra otros, y cuántas cosas más. ¡Dime cuánto tienes y te diré cuánto vales! También las narrativas construyen líderes políticos, religiosos, empresariales, culturales, deportivos, influencers, que son elevadas a niveles de deidades, y, así también son bajados de los pedestales en un “dos por tres”. Las sociedades urbanas de nuestros días viven insatisfechas, ya nada le llena y es vital para su sobrevivencia, elevar a la potencia divina a

cualquier persona o cosa con tal de sentir un poco de paz y sosiego a sus atribulados y hambrientos corazones ¡Cómo nos aferramos a aquellas cosas que les concedemos un valor superior a su valor real! La iglesia no está exenta de caer en esta tentación, de hecho, la replica con asombrosa avidez y con tanta facilidad cambia lo esencial por lo secundario; se hace al mundo, en vez de que el mundo se haga a ella.

La ciudad de Pérgamo era menos importante comercialmente que Éfeso y Esmirna, pero era más importante desde el punto de vista religioso. Ninguna ciudad de Asia se destacaba tanto por la majestuosidad y belleza de sus numerosos templos. El enorme altar a Zeus, encumbrada en las dramáticas cumbres de la acrópolis, era otra de las siete maravillas del mundo antiguo. El promontorio que se levantaba a más de trescientos metros estaba adornado de los más espléndidos edificios. Se enorgullecían por tener una gran biblioteca de más de doscientos mil volúmenes, hasta que Marco Antonio regaló la mayor parte de los libros a Cleopatra para la biblioteca de Alejandría. De hecho, el vocablo en castellano pergamino, materiales de piel para escribir documentos o dibujos, proviene del nombre de esta ciudad. De sus cinco teatros, el de Esculapio tenía capacidad para miles de espectadores. Había también un gimnasio y cinco palacios en la acrópolis. Pero lo más importante eran sus templos y altares. Un autor del siglo II llamó a Pérgamo: “la ciudad más religiosa de toda Asia”. El templo a Esculapio se dedicaba a las

curaciones y era el centro mundial de ese culto, por lo que atraía a miles de peregrinos que buscaban la salud de sus cuerpos. Grandes médicos como Galeno se prepararon en Pérgamo, y algunos emperadores concurrían a estos templos buscando sanidad. El santuario se mantenía lleno de culebras, símbolo de la medicina y la curación, debido a la leyenda de que resucitaban cada año. Pero además, Pérgamo se distinguía por ser una fiel promotora del culto al emperador y fue la primera que impulsó su culto por encima de todos los demás. Se construyó un templo dedicado a Augusto César, además se adoraba a Dionisio, el dios de la fertilidad y a la diosa Atenea, guardiana y patrona de la ciudad de Atenas. El culto a Asklepio, deidad asociada a la sanidad. Parece pues, que Pérgamo era la sede provincial de uno de los centros mundiales de dos de las más importantes religiones de la época: el culto a Esculapio y al emperador romano. Los muchos sacerdotes de estos templos ejercían gran poder político en la ciudad y el masivo flujo de peregrinos atraía abundantes riquezas a Pérgamo. Pero el Señor identifica esto como: "El trono de Satanás". Era un lugar nada fácil para las y los cristianos que anhelaban seguir fieles al Maestro.

FIDELIDAD QUE NOS CONSAGRA SOLO A CRISTO

A la congregación de Pérgamo, Cristo se le presenta armado con una aguda espada de dos filos, afirmando con ello que no es el emperador romano el que tiene el poder sobre la vida, sino él. Su Palabra es la dadora de la vida y no otra. Es por ello por lo que le exige a la iglesia una entrega total, sin ninguna ambigüedad, sin doblez, sin un corazón dividido. Las circunstancias históricas demandaban de la iglesia de Pérgamo un claro discernimiento evangélico para ser fieles al Señor, mientras que algunos se dejaban confundir. Cristo sabía que la situación de los cristianos de Pérgamo era sumamente difícil: **"Sé dónde vives: allí donde Satanás tiene su trono"** (v.13). Es como si le dijera: "Yo sé que vives en una ciudad que adora a un hombre; una ciudad que levanta altares al emperador y a otras deidades. Sé también que vives rodada de gente que adora a Esculapio, que tienen como centralidad de sus cultos y de su poder sanador a una serpiente". Sé también cómo

te has comportado. Sé que has distinguido entre el Señor César y el Señor Cristo. Pero la iglesia es felicitada porque: "retienes mi nombre y no has negado la fe" (v.13). Ni aun en los tiempos de persecución y muerte, como la de Antipas, el hermano y enviado del mismo Juan, que predicaba el evangelio de Jesucristo, la iglesia no había negado su fe y había retenido su Nombre.

No obstante, hay algo que el Señor no tolera de la iglesia de Pérgamo: "es una iglesia que hace concesiones". Sí. La iglesia había permitido que en medio de ellos se filtraran costumbres, creencias y formas de vida que eran contrarias a las formas de vida que el Reino de Dios exigía de sus hijos e hijas. Habían permitido que las costumbres de los adoradores de Baal y la de los nicolaítas se practicaran entre algunos de ellos. Si recordamos, las doctrinas de Baal, de los nicolaítas y de Jezabel, fueron todas las mismas herejías que consistían en una nueva forma de pensar y vivir, propias de la cultura helenista y del imperio romano. Balaam, aquel profeta que narra el libro de Números, capítulos 22 al 25, le había propuesto a rey Balac levantar tiendas con una anciana mujer que invitaba a los israelitas a entrar a comprar lino, y luego los seducía para que adoraran ídolos y renegaran de Moisés. Había celebraciones privadas con comidas sacrificadas a los ídolos, que terminaban en un descontrol de todo tipo y que atentaban contra la ética enseñada por Jesús y los apóstoles. Toda esta actitud significaba para Juan, que la iglesia tenía que definirse porque no se podía servir a Dios y a Mamón, a Cristo y al César, a Cristo y a Baal. De la misma manera, no podían darle entrada a las enseñanzas de los nicolaítas, que promovían el libertinaje, la idolatría y la inmoralidad.

No puede haber concesiones cuando se demanda razón de la fe. No puede haber incongruencias entre lo que se afirma creer y la forma de vivir y practicar la fe. "Queridos hijos, apártense de los ídolos" (1ª Jn.5:21). Con esta exhortación se resume hoy en día el desafío del Apocalipsis a nuestra iglesia. Decimos que ya hemos dejado atrás la idolatría y el politeísmo; pero también los nicolaítas pensaban lo mismo y no se daban cuenta de la idolatría que había dentro de ellos.

“Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro” (Mt.6:24). ¿Cuántas cosas rivalizan contra Dios dentro de nosotros? ¿Cuántas cosas tienen el lugar que debe ocupar el Señor en nosotros? ¿Dónde está nuestro tesoro?, porque allí se encuentra nuestro corazón. La seducción idolátrica de nuestros días es muy sutil y empezamos con hacer pequeñas concesiones hasta que nuestro corazón se ve atrapado en ello, y cuando Dios nos pide nuestra vida, le damos las migajas de ella; cuando nos pide nuestro tiempo, le damos pretextos; cuando nos pide entrega, le damos limosnas. ¿Qué es lo que le da valor a mi vida, lo que hago, lo que tengo, o el amor que pongo en hacer la voluntad de Dios? Nos urge una respuesta. No cerebral, sino existencial, es decir, una respuesta que comprometa no solo el pensamiento, sino la vida. No solo la vida pensada, sino la vida vivida; todo cuanto somos: espíritu, alma y cuerpo. Todo. Si es mi pensamiento: “que esté cautivo en ti, Señor”. Si es mi alma; “que esté centrada en tu Espíritu, Señor”. Si es mi cuerpo, “que esté consagrado a ti, Señor, como templo de tu Espíritu”. Si son mis bienes, “que estén dispuestos para el servicio de tu Reino, Señor”. Si son mis talentos, “que se ofrezcan con alegría a ti, Señor”. Si es mi compromiso con la gente que sufre, lo ofrezco de palabra y acción; si es mi solidaridad con mis hermanos y hermanas de mi iglesia, lo entrego no con tristeza ni por obligación, porque tú amas al dador alegre.

¿Cuál es el rostro de un cristiano? ¿Qué señales nos permiten reconocerlo? No es cristiano el que dice serlo, sino el que se deja formar por el Espíritu de Cristo. El que se resiste a hipotecar su vida y su fe en aras a ganar el mundo. El Señor le pide a su iglesia en Pérgamo que se Arrepienta (v.16), de lo contrario el juicio caerá sobre ella, es decir ¿de qué sirve una iglesia sin poder espiritual, sin palabra que transforme, sin alegría por servir, sin presencia evangélica en la ciudad donde se encuentra? Viene a ser: “metal que resuena o címbalo que retiñe”. Nadie puede sostener por mucho tiempo una doble vida y salir a flote sin que se descubra la verdad. Así es para la iglesia, o es fiel, o la obra de sus manos darán cuenta, tarde que temprano de lo que hay en sus corazones.

FIDELIDAD QUE ES CORONADA CON LA PROMESA DE LA VIDA

Jesús no deja con las manos vacías a su iglesia. Si esta se arrepiente, le promete algo más valioso que aquello que los dioses de su tiempo le promete. **“Al que venciere, daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo”** (v.17). Esta es una hermosa expectativa de la restauración del don del maná celestial. Está escondido porque se reserva sólo a aquellos que venzan. El maná es el alimento que no depende de ningún vaivén humano, es promesa de que el “pan de cada día” será provisto no por lo que la bolsa de valores determine, ni la inflación, sino la gracia divina. Es promesa que nos permite estar confiados en que “Dios suplirá todo lo que nos falte conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. Es el sustento espiritual a través de la comunión con Cristo. Pero también es maná celestial que será dado al final de los tiempos a los que salgan victoriosos en sus vidas cristianas. A cada uno se le dará una piedrecita blanca con un nombre nuevo que es sobre todo nombre y en cual se doblará toda rodilla: Cristo. Nos dará un nuevo nombre, una nueva identidad. ¡Viviremos en el Señor! Esto significa que desde ahora podemos poner en las manos del Señor esos pensamientos que no sabemos concluir, esas preguntas que no podemos descifrar, esa deuda que no podemos pagar; todo aquello que está inconcluso y que no podemos liberar. Cuando era niño, solía orar diciéndole al Señor: “El acuerdo sigue en pie, ¿verdad Señor? Y él, en su Palabra me respondía: “Yo estoy contigo hasta el último día”. Esta es la promesa de vida, que como piedrecilla blanca, sencilla y frágil, se nos ha dado, a fin de que podamos esperar confiadamente y con fidelidad; con alegría y esperanza, y con las manos bien puestas en el “arado” del Evangelio, para no mirar atrás jamás. Y en el día final, el Señor nos pedirá aquella piedrita, con su nombre inscrito en ella y que con tanto amor nos entregó, y con ella irá simbolizado nuestras palabras que le dirán: “Señor, te fui fiel hasta el último día, déjame entrar en tu gozo”.

Amén.